

bam
bú
AMERICA



GRE



GRE

LYNNE REID BANKS

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S. A.

© 2004, Lynne Reid Banks
© 2010, Editorial Casals, S. A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Título original: *Tiger, tiger*
© 2010, Lola Diez por la traducción

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de cubierta: Miquel Puig

Primera edición: mayo de 2012
ISBN: 978-84-8343-228-0
Depósito legal: B-13898-2012
Printed in Spain
Impreso en

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de los titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Repográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 445).

Prólogo

Los dos cachorros de tigre, correteando en la maleza de la jungla cerca de su guarida, aguzan el oído.

Mientras juegan solos, siempre están atentos por si vuelve su madre. Pero estos sonidos no son los que ellos quieren oír. Son extraños y alarmantes. Golpes fuertes, entrecortados, retumbo y repiqueteo –hachazos para abrirse camino–, pisoteo de tallos verdes. Y voces. No voces de animales, con las que están familiarizados. Éstas son voces ajenas a la jungla. Y, cuando comienzan otros sonidos, los sonidos que componen el telón de fondo constante y reconfortante de las vidas de los cachorros, se callan.

Ellos miran a su alrededor, inquietos. Algo se aproxima. ¿Dónde estará su madre?

Mientras la avalancha de ruido se sigue acercando, por encima de sus cabezas se oye de pronto un chirriar enloquecido. Miran hacia arriba, y ven la confusión de colores

y los movimientos asustados de una bandada de pájaros que levanta el vuelo, perturbando a las hojas de los árboles.

A continuación, grupos de monos huyen agarrando las ramas de los árboles, parloteando y chillando aterrorizados.

Es una señal. Los animales que habían permanecido escondidos salen de repente a la luz. Los cachorros, no muy lejos de ellos, ven a un ciervo que se va enganchando torpemente en los árboles. A mayor distancia, oyen a un elefante trompetear la voz de alarma. Criaturas más pequeñas escapan, invisibles pero audibles, por entre la maleza. Cada sonido que oyen parece estar apremiándolos a salir corriendo. Pero ellos no lo hacen. El instinto de fuga choca con lo que les ha enseñado su madre: que tienen que quedarse junto a la guarida, donde ella pueda encontrarlos.

Se agazapan juntos, manteniéndose bien pegados al suelo. Hay una breve pausa. Luego, de pronto, la hilera de cazadores se abre paso a través de la espesura e irrumpe en el pequeño claro de delante de la guarida.

El cachorro más grande ahora intenta correr, pero ya es tarde.

Se abalanzan sobre él, lo sujetan por el pescuezo y lo meten en un saco. Él se retuerce y chilla y trata de morder a su captor, pero no sirve de nada. El cachorro más pequeño ni siquiera alcanza a debatirse: lo han encerrado en un lugar oscuro y maloliente y lo izan hacia arriba. Ahora ya no ven nada, pero oyen las pisadas por debajo, y los otros sonidos hirientes se apagan. Se golpean por arriba y por abajo, con el cuerpo acongojado y la mente en blanco de puro desconcierto.

Los dos cazadores que llevan los sacos llegan al límite del bosque, donde esperan sus caballos. Les pasan la carga a otros para montar, luego agarran otra vez los sacos y los echan sobre la perilla de sus sillas de montar.

Los caballos perciben el olor de los tigres y se ponen a relinchar y a corvetear, intentando apartarse. Sus diestros jinetes se valen de ese miedo para espolearlos hacia delante. La tigresa, ellos lo saben, no puede andar lejos.

Tras ellos, en la jungla, el ruido de la batida continúa. Buscan y atrapan a más animales.

En el momento en que les liberan las cabezas, los caballos se encabritan; luego galopan hacia la orilla, donde los barcos esperan.

Con el objetivo ya a la vista, a los jinetes se les ponen de pronto los pelos de punta al oír detrás suyo el feroz rugido de un tigre cuando ataca. Los caballos se desbocan. Llegan a la rampa que conecta la ribera con el primer barco y el caballo que va en cabeza la salva de un salto. El de detrás suelta un relincho agudo al sentir las garras de la tigresa hundiéndose en su grupa; entonces, con la mirada enloquecida, se precipita sobre la cubierta.

Los cazadores desatan los sacos y los lanzan con mano experta a los marinos que esperan. Luego desmontan de un salto y se acercan al pasamano a contemplar cómo otros se enfrentan a su perseguidora.

Como a los cachorros los bajan a donde esperan las jaulas, a las lúgubres entrañas del barco, no pueden saber que su última esperanza de ser rescatados yace al pie de la pasarela con una lanza atravesada en el corazón.

1. El encierro en la bodega

Los dos cachorros se acurrucaban uno junto al otro, con las zarpas delanteras entrecruzadas, las cabezas y los flancos apretados entre sí.

La oscuridad los apabullaba, y los malos olores, y el movimiento. Y el miedo.

La oscuridad era total. No era a eso a lo que ellos estaban acostumbrados. En la jungla siempre hay luz suficiente para los ojos de un tigre. Se filtra por entre lo más espeso de las hojas desde un cielo generoso que nunca está del todo oscuro. Hace que brillen las charcas y las hojas lustrosas y los ojos de otras criaturas. En la jungla la oscuridad es tranquilizadora. Dice que es hora de salir de la madriguera, para jugar, para comer, para aprender la noche. Esa es una oscuridad segura, una oscuridad familiar y como debe ser. Esta oscuridad era un error total.

Olía mal porque no había forma de enterrar los excrementos. Y estaba el olor de otros animales, y de su miedo. Y había uno que no reconocieron, un olor salobre como el de la sangre. Pero no era sangre.

Era malo estar encerrado. Todos los olores que deberían haberse disipado en el aire se quedaban allí dentro retenidos, amontonados. Saturando sus sensibles fosas nasales. Asfixiando la respiración. Confundiendo y engañando de tal forma que los olores de verdad, los que importaban, no podían encontrarse, por mucho que los cachorros levantaran las cabezas buscándolos, olfateando en la nauseabunda oscuridad.

El movimiento era lo peor. El suelo que tenían debajo no era sólido y seguro. Se mecía y se bamboleaba. A veces se inclinaba de tal manera que resbalaban sin poder evitarlo hasta darse contra unas cosas que parecían troncos de árbol muy delgados, y fríos; que estaban demasiado cerca unos de otros como para que pudieran escabullirse por entre ellos. Al momento siguiente, el suelo se inclinaba hacia el lado contrario. Los cachorros resbalaban por la hedionda paja hasta caerse contra los troncos fríos del otro lado. Cuando aquel movimiento tan poco natural se hacía realmente intenso, el recinto entero en que se hallaban se deslizaba y chocaba contra otras cosas duras, asustando a los cachorros, que gruñían y jadeaban y arañaban la no-tierra de debajo las almohadillas de sus zarpas, intentando apuntalarse en vano.

Echaban hacia atrás las cabezas y aullaban, y trataban de morder aquellas cosas frías que les impedían ser libres. Luego, algunas veces, tenían sangre en la saliva.

Cuando el tremendo balanceo y zarandeo se calmaba y lograban volver a acurrucarse juntos, sus corazones dejaban de palpar tan rápido, y podían lamerse la cara el uno al otro para reconfortarse.

Echaban en falta a su madre: su guía. Esperaban su regreso; hasta entonces siempre había regresado. Pero eso se había acabado para siempre. Se había acabado el cálido abrigo, se había acabado la áspera y reconfortante lengua con que los aseaba. Se habían acabado la buena comida, el cuerpo grande al que treparse, la cola que perseguían, jugando a que era una presa. Se habían acabado las enseñanzas. Se acabó el amor y la seguridad.

Todos sus hábitos naturales habían quedado en suspenso. Ya no correteaban ni jugaban. Ni había sitio, ni ellos tenían ánimo para eso. Ahora pasaban casi todo el tiempo tumbados juntos, costado con costado, para olfatear cada uno el aroma del otro por entre todos los malos olores.

A medida que pasaban los días y las noches de aquella forma terrible y degradante, se fueron olvidando de su madre, porque lo único que contaba para ellos era el Ahora. La perplejidad, el miedo, la indefensión y la repugnancia del Ahora.

Había un solo momento bueno en aquellas largas horas. Con el tiempo, aprendieron a esperarlo, sabían cuándo se acercaba.

Empezaron a reconocer cuándo, en la indiferenciada pesadez sobre sus cabezas, donde debería estar el cielo, se abría un trozo de ese cielo muerto, y por ese agujero descendían los animales macho de dos patas que les traían

la comida. Se levantaban de un salto y gruñían y maullaban de expectación y de impaciencia. Sacaban las grandes zarpas por el estrecho espacio de entre los troncos fríos, y cuando la comida se acercaba trataban de engancharla con las garras para hacerse antes con ella. La comida, carne cruda que traían sobre un madero largo y plano, la metían en la jaula empujándola por una rendija que había cerca del suelo, volcaban la carne –nunca del todo suficiente para llenarse el estómago– y retiraban el madero. El agua venía en un balde por la misma rendija. Muchas veces se peleaban por ella y la derramaban. Casi siempre estaban muertos de sed.

Los machos de dos patas hacían unos sonidos indescifrables: «¡Coman, chicos! Coman, crezcan y háganse fuertes. ¡Que buena falta les va a hacer, en el lugar al que van!».

Y entonces se oía un sonido como de aullido de chacal y los dospatas se iban a dar de comer a las otras criaturas prisioneras en diferentes partes de la oscuridad.

Osos pardos. Chacales. Un grupo de monos que se molestaban entre sí y parloteaban histéricos. Había perros salvajes que ladraban interminablemente y emitían un terrible hedor a cólera y a miedo. Había pavos reales con su frufnú de largas colas, que hablaban con chirridos. Y en algún lugar bastante apartado, una elefanta, con algo sujeto a las patas que producía un ruido metálico nada natural cuando cambiaba el peso de su enorme cuerpo de un pie a otro en la rechinante, cambiante, interminable oscuridad.

Una noche los perros empezaron a morderse y a despedazarse unos a otros en medio de una explosión de gruñidos y alaridos. Los cachorros estaban asustados y se acurrucaron

en la esquina más lejana de su prisión. Pero oyeron aquella batalla feroz en la que un perro tras otro sucumbió y fue hecho pedazos. La siguiente vez que se abrió el cielo, los animales de dos patas se encontraron con una escena de matanza, en la que solo quedaban dos perros vivos.

–Ahora va a haber problemas –murmuró uno de ellos, mientras arrastraba fuera los despojos por una media abertura mientras otros mantenían a raya a los supervivientes con palos afilados.

–Ya había dicho yo que tenían que haberlos puesto en jaulas separadas. Van a decir que no les dábamos de comer lo suficiente.

–Mejor los cortamos en pedazos y se los echamos de comer a los tigres. Los perros son una cosa, pero como le pase algo a uno de esos cachorros, los que vamos a ser carne de perro vamos a ser nosotros.

Después de aquello no volvió a faltar la comida, y los cachorros se pasaban la mayor parte del tiempo, cuando no estaban comiendo, durmiendo para bajar las comilonas que se pegaban. Pero su sueño no era tranquilo.

No tenían el menor deseo de pelearse ni de matarse entre ellos. No sabían que eran hermanos, pero cada uno sabía que el otro era lo único que tenía. Uno era el primogénito y el más grande. Él era el jefe. En la jungla, a él le daban de comer más y el primero, y era el que mandaba cuando jugaban o hacían como que cazaban. También era el más inteligente de los dos. Había llegado a entender que no servía de nada aullar y arañar el suelo y frotarse por un lado y por otro las mejillas y los costados contra

aquellos fríos y apretados barrotes, ni tratar de hacerlos pedazos a mordiscos. Cuando su hermano hacía esas cosas, él lo tumbaba de un zarpazo y se le sentaba encima para impedirsele.

El menor de los dos se sometía. Resultaba mejor, en su opinión. Las zarpas, la garganta y los dientes fueron dejando de escocerle. Aprendió a economizar sus energías. Pero la tristeza seguía estando ahí. Solo se interrumpía mientras comía, y cuando se enroscaba con su hermano, se lamían la cara y se dormían.

* * *

Al final todo terminó.

El agujero que era el cielo se abrió y se quedó abierto, y un olor nuevo entró por él. Olfatearon tierra y vegetación; no eran las mismas que ellos conocían, pero sí guardaban algún parecido reconfortante.

Se levantaron los dos y se quedaron, costado con costado, atentos y a la espera de lo que pudiera ocurrir a continuación. Los animales de dos patas corrían de aquí para allá por encima de sus cabezas, haciendo sonidos muy fuertes con la boca. El agujero que era el cielo se hizo más grande, y por fin pudieron ver el azul del cielo de verdad por encima de sus cabezas. Algo bajó de lo alto, enganchó su cárcel y ¡la izaba hacia arriba! Iba columpiándose de un lado a otro y bamboleándose, y los cachorros se caían para los lados y no conseguían levantarse sin volver a caer. Después de un corto trayecto, hubo una fuerte sacudida.

Entonces los de dos patas se agolparon a su alrededor, contemplándolos, los estridentes sonidos de sus bocas venían de todas partes a la vez.

Uno de ellos metió su zarpa sin pelos, de dedos largos, por entre los troncos finitos. El cachorro más grande gruñó y le lanzó un mordisco furioso. La mano se desprendió de un tirón y se oyó una protesta:

–¡Ha intentado morderme!

–¡Idiota! ¿Qué esperabas? Es salvaje, no está acostumbrado a que lo acaricien.

–Pero son tan bonitos... como gatitos grandes...

–¿Es que te tiene que dejar sin media mano para que te des cuenta de que no es lo mismo? Éstos son para el circo, tienen que ser fieros.

Los cachorros miraban con cautela cómo iban depositando a los otros cautivos en el suelo junto a ellos; pronto la multitud se marchó a contemplar de cerca a los osos, los pavos reales, los monos. Cuando con mucho cuidado fue bajada a tierra la elefanta, se oyeron exclamaciones y chillidos.

–¡Dios mío! ¡Qué tamaño! ¡Manténganse apartados!

–¿La sacará el Emperador en el Coliseo? ¿Le echarán los perros, como hacen con los osos?

–Puede ser. ¡Espero que sí! Eso sería un espectáculo impresionante.

–¿Cuántos perros harían falta para matar un bicho de ese tamaño?

–Tonterías, seguro que César no hace que le echen los perros ni que la maten. Puede que quiera montarla. ¡Piénsenlo!

¡Nuestro gran Emperador cabalgando la bestia más alta del mundo por la Via Appia! ¡Qué triunfo!

Ataron unas lianas gruesas a la prisión de los cachorros y la arrastraron hasta la parte trasera de una cosa que no estaba viva y sin embargo se movía. Tiraban de ella unos animales cuyas patas hacían un ruido duro y metálico contra el suelo. Los cachorros miraron a su alrededor. Había sol, pero no filtrado por la maleza. Inundaba sin que nada se lo impidiera extensiones de tierra verdes y amarillas. Los tigres nunca habían salido de la jungla, nunca habían visto campos ni cultivos, y estos los desconcertaban, pero por lo menos eran tierra natural y cosas que crecían en ella: los cachorros podían olerlas, y estaban deseando verse libres para salir disparados a buscar un lugar seguro y un escondrijo. La libertad era algo que no habían olvidado.

Detrás venían los otros cautivos, a rastras igual que ellos. Los osos, erguidos sobre sus patas traseras, se agarraban a los troncos carceleros y rugían a la multitud. Los chacales lanzaban aullidos y soltaban zarpazos. Los monos brincaban de acá para allá, torciendo las cabezas para escrutar esto o aquello con sus ojitos brillantes. Los dos perros supervivientes permanecían tumbados lamiéndose las heridas. La elefanta se balanceaba sobre sus enormes pies.

El desplazamiento continuó durante mucho tiempo. Al cabo de un rato, los cachorros se cansaron, se tumbaron y se durmieron.

18 Al despertar, las escenas naturales de sus sueños desaparecieron. Ahora ya no entendían nada de lo que veían.

Avanzaban rodeados de un montón de dospatas, por detrás de los cuales se apreciaban grandes promontorios de piedra que tenían dentro cuevas por cuyas aberturas entraban y salían, cuando no se quedaban subidos en los más altos, mirando hacia fuera. Aquel olor suyo, interesante pero que hacía arrugar la nariz, y los ruidos que salían de sus bocas estaban por todas partes.

Los cachorros sacaron un palmo de lengua y dejaron que aquel olor a carne comestible caliente se les metiera por la nariz.